

El tiempo en la poesía de Luis Cernuda

José Luis ARAGÓN SÁNCHEZ*

1. Introducción

El tiempo y el paso del tiempo constituyen uno de los temas básicos de la obra poética de Luis Cernuda. Él mismo reconoció en varias ocasiones que se trataba de una auténtica obsesión vital. Así en el ensayo autobiográfico *Historial de un libro* escribió:

«El tiempo ha sido a partir de cierta fecha en la vida una de mis preocupaciones constantes.» (1)

Esta obsesión fue creciendo con el paso de los años, y su importancia se vio reflejada en la poesía, tal como parece confirmarlo un estudio léxico al que posteriormente haremos referencia. En la prosa de *Ocnos*, Cernuda deja caer la idea fundamental:

«Llega un momento en la vida cuando el tiempo nos alcanza (No sé si expreso esto bien). Quiero decir que a partir de tal edad nos vemos sujetos al tiempo y obligados a contar con él, como si alguna colérica visión con espada centelleante nos arrojara del paraíso primero, donde todo hombre una vez ha vivido libre del aguijón de la muerte.» (2)

Así pues, pasada una primera época feliz, el hombre se enfrenta con el paso irremediable del tiempo, que se ve como una potencia demoníaca, como una entidad destructiva cuyo fluir concluye en la muerte y la desintegración. Me

(*) Catedrático de lengua y literatura españolas. I.B. «Fray Andrés». Puertollano (Ciudad Real).

(1) Incluido en *Poesía y literatura*, Seix Barral, Barcelona, 1965, pág. 277.

(2) Luis Cernuda: *Ocnos*, seguido de *Variaciones sobre tema mexicano*. Prólogo de Jaime Gil de Biedma, Taurus, Madrid, 1977, pág. 14.

propongo a continuación ver cómo la poesía de Cernuda recoge el tema del tiempo y la temporalidad en un cierto número de composiciones, para tratarlo en una doble vertiente:

—Como un motivo poético más, a modo de «topos» literario.

—Haciendo de la poesía en sí misma un arma que evite la total destrucción a que el hombre se ve abocado: El poeta salva del tiempo al hombre.

2. Un tiempo sin tiempo

En el primer libro de Cernuda, *Perfil del aire*, refundido posteriormente en la sección «Primeros poemas» de *La realidad y el deseo*, aparece un tratamiento peculiar del tema del tiempo distinto del que domina en el resto de su obra. No significa esto que esté ausente el tratamiento habitual que veremos posteriormente, sino que en esta obra inicial aparece un modelo peculiar que luego desaparecerá: El poeta por un particular estado de ánimo —bien se produzca éste por causas autónomas o por el contacto con la Naturaleza— pierde el sentido del paso del tiempo. Veamos, por ejemplo, la versión inicial del poema III de *Perfil del aire*:

El divorcio indolente.
Ya la quietud se brinda.
Mullendo está la sombra
la blancura inaudita.

Si los sentidos nuevos
al presente se abren,
temprano es para el gozo
que no amanece nadie.

Y las músicas van
a endulzar el antaño.
¿Qué mano detendría
el sonido acordado?

La almohada no abre
los espacios risueños,
pero da la certeza
de que existen más lejos.

El tiempo en las estrellas.
Desterrada la historia.
Los sentidos se duermen
aguardando sus bodas (3).

(3) Cito siempre los poemas de Cernuda por la siguiente edición: *Poesía completa*, edic. a cargo de Derek Harris y Luis Maristany, Barral editores, Barcelona, 1977. *Perfil del aire* al ser refundido sufrió muchas variantes. Este poema en concreto es casi enteramente nuevo. Reproduzco el texto de la 1.ª edición, tal como aparece en la sección de variantes de la edición citada, pág. 880. En adelante, todas las referencias a poemas de Cernuda se refieren a esta edición, de la que solamente se indica la página.

Puede verse cómo el sentimiento de la temporalidad queda anulado. Lo que se anula no es el transcurso del tiempo, sino la percepción de la propia temporalidad. En un mundo en que no se sienten los sucesos aunque estos ocurran, la temporalidad se disocia de su percepción como historia, es decir, como sucesión de acontecimientos. De esta manera, y dado que el tiempo existe sólo por relación a los sucesos que en él ocurren, el poeta pierde ese sentido de lo temporal angustioso, aislado en su propio ensueño como ocurre en este caso, o bien fundido en un acorde único con la Naturaleza, como ocurre en otros poemas. Un buen ejemplo es el poema V del mismo libro en el que de manera insólita en la obra de Cernuda, el sentimiento de unicidad con lo natural le lleva a una aceptación plena y gozosa de su propio existir, un poco a la manera de Guillén. Me parece sintomático que fueran precisamente éstos los poemas más alterados cuando su autor los refundió para incluirlos en *La realidad y el deseo*: Sus planteamientos son muy distintos a todo lo que su autor escribió posteriormente.

3. Detener el curso de la vida

El estudio cuantitativo del léxico de Cernuda parece confirmar lo que cualquier lector siente instintivamente: El tiempo es un tema importante en su poesía. Contra lo que parece deducirse de las frecuencias indicadas por Bellón (4), el tiempo no es necesariamente menos importante en unos libros que en otros: su importancia es constante en toda la obra de Cernuda. Veamos, pues, el funcionamiento dialéctico del tiempo en esa poesía.

El niño es feliz. Vive en un estado de consciencia paradisiaco, donde no se siente el latir del tiempo. Pero en algún momento ese paraíso se pierde y el hombre cae en la rueda del tiempo, en el absurdo de un existir para destruirse. Ese descubrimiento es personal, no aprendido, y aunque irreplicable no es por ello menos seguro. El hombre, sin embargo, no se resigna a su suerte, y aspira a la eternidad en un mundo en el que las cosas se corrompen, decaen y mueren. Debe por lo tanto establecer una lucha desigual con el tiempo. Tal es el planteamiento inicial del problema en Cernuda.

(4) J. Bellón Cazabán: *La poesía de Luis Cernuda. Estudio cuantitativo del léxico de La realidad y el deseo. (Resumen de tesis doctoral)*. Universidad de Granada, 1973. Resumiendo sus resultados, las apariciones y frecuencias, de las que solamente se detallan las superiores al 20/00, serían:

Sección	Apariciones	Frecuencias
I. Primeras poesías	6	4,04 ⁰ /00
II. Égloga, elegía, oda	1	
III. Un río, un amor	4	
IV. Los placeres prohibidos	4	
V. Donde habite el olvido	5	2,34
VI. Como quien espera el alba	35	3,61
VII. Las nubes	16	
VIII. Evocaciones	2	
IX. Vivir sin estar viviendo	36	4,61
X. Con las horas contadas	26	4,88
XI. Desolación de la Quimera	35	3,85
TOTAL	170	2,89 ⁰ /00

Luis Cernuda parece haber tenido una especial sensibilidad para captar el fluir del tiempo. Sin duda, pesa en ello la soledad que fue constante en su vida, y que se refleja en el hastío del que se lamenta a menudo, y que contribuye a hacer más sensible y amarga la constatación de ese discurrir, pero la base hondamente sensitiva de esa captación es indudable:

Tu existir es de donde
percibe el pensamiento
por la arena de mares
amigos,
la eternidad en el tiempo.

(«Pais», pág. 429)

Y por supuesto, esa percepción no es agradable, sino por el contrario, terrible. De hecho perjudica con su angustia el goce de vivir, que se transforma en un constante miedo. Así ocurre por ejemplo en el poema «Égloga» (pág. 68) donde un presente que ha sido dichoso e intemporal gracias al acorde de poeta y paisaje, es destrozado por la llegada de la noche. La noche en sí misma es también dolorosa, y el tiempo acosa por doquiera. Como en el célebre soneto de Quevedo, todas las cosas avisan de la muerte y el final del tiempo:

Dime, hermosura,
Por qué tu luz se mustia.

Dime, deseo,
Por qué te olvida el cuerpo.

Dime, alma,
Por qué tu luz se apaga.

Alma, deseo, hermosura,
Son galas de las bodas
Eternas con la muerte,
Incolora, incorpórea, silenciosa.

(«Mutabilidad», pág. 306)

Toda la poesía de Cernuda se encamina por lo tanto a detener el tiempo. Así lo declaró el poeta en el texto introductorio *Palabras antes de una lectura* (1935).

«Mas no sólo lucha el poeta con su ambiente social, sino que asiste a otra lucha igualmente dramática, quizá más dramática aún, pero las fuerzas con quienes en este caso lucha son invisibles. *El poeta intenta fijar el espectáculo transitorio que percibe*. Cada día, cada minuto le asalta el afán de detener el curso de la vida, tan pleno que a veces merecería ser eterno.»

E insiste más adelante:

«...la poesía fija la belleza efímera. Gracias a ella, lo natural y lo sobrehumano se unen en bodas espirituales (...) El poeta, pues, intenta fijar la belleza transitoria del mundo que percibe, refiriéndola al mundo que presente» (5).

Para tan ardua tarea, que resulta por otra parte ser vital para Cernuda, el poeta no dispone de más arma que la palabra. Observa, sin embargo, que ciertos elementos, o más bien, ciertas entidades, poseen la capacidad de detener de alguna manera la delicuescencia del espectáculo vital y de la propia personalidad. Porque el tiempo —no lo olvidemos— no es en Cernuda una pura elucubración mental, sino un profundo problema vital: lo que entra en juego es su propia vida y su propio afán de eternidad, al que ha aludido en multitud de ocasiones, tanto en prosa como en verso. A este respecto me parece fuertemente revelador un fragmento de *Ocnos*, que en las primeras ediciones aparecía como coda y explicación de todo el libro, y que, sin embargo, fue más tarde suprimido: «Escrito sobre el agua». Es una confesión de esa voluntad de persistencia del yo, y de los medios disponibles:

«Desde niño, tan lejos como vaya mi recuerdo, he buscado siempre lo que no cambia, he deseado la eternidad. (...) Pero terminó la niñez y caí en el mundo. Las gentes morían en torno mío y las casas se arruinaban. Como entonces me poseía el delirio del amor, no tuve una mirada siquiera para aquellos testimonios de la caducidad humana. Si había descubierto el secreto de la eternidad, si yo poseía la eternidad en mi espíritu, ¿qué me importaba lo demás? Mas apenas me acercaba a estrechar un cuerpo contra el mío, cuando con mi deseo creía infundirle permanencia, huía de mis brazos dejándolos vacíos.»

(*Ocnos*, pág. 93)

Este texto nos servirá también para acercarnos a la primera forma de lucha contra el tiempo de que dispone Cernuda: el amor.

4. Amor y tiempo

El amor aparece como una de las fuerzas capaces de dominar al tiempo, aunque esto —como acabamos de ver— no pase de ser una ilusión que pronto se desvanece, pero que se repite en muy diversos momentos de la poesía del sevillano. El amor, o más bien, el deseo, como solía escribir Cernuda para evitar confusiones con el amor cristiano, es una fuerza aparentemente con poder ilimitado, que encubre a la perfección la transitoriedad de las cosas. El hombre enamorado es incapaz de ver cómo a su alrededor todo muere: vive en un estado de éxtasis en su sentido etimológico de «salir de sí mismo», y sale fuera del espacio y del tiempo (6). De ahí que el hombre desee amar, porque la fuerza del amor le permite escapar de la angustia constante para vivir en un cierto estado de eternidad, que puede incluso llegar a provocar la envidia de Dios:

«Los cuatro elementos primarios
Dan forma a mi existir;
Un cuerpo sometido al tiempo,
Siempre ansioso de tí.

(6) Vid. Philip Silver: *Luis Cernuda. El poeta en su leyenda*, traducción de Salustiano Masó, Eds. Alaguara, Madrid, 1972, pág. 111.

Porque el tiempo de amor nos vale
 Toda una eternidad.
 Donde el hombre no va solo
 y Dios celoso está.»

(«Divinidad celosa», pág. 457)

De hecho, vitalmente, el amor debe verse de otra manera, relacionándose probablemente con la soledad y el hastío: Para el solitario Luis Cernuda, constantemente marginado, el amor supone la ocasión de cerrar la soledad y llenar horas de hastío, cubriendo con una presencia humana su constante alejamiento que hace aún más angustiada la conciencia de la temporalidad. Creo que es así como debe entenderse el poema «Pasatiempo» (pág. 451) perteneciente a la sección «Con las horas contadas», quizá la más angustiada a este respecto de *La realidad y el deseo*.

Pero esto no debe ocultarnos la inmensa fuerza que al sentimiento amoroso atribuye Cernuda: No ya el amor, sino simplemente el recuerdo del amor pasado es capaz de dejar vacío el presente, de romper la sucesión del tiempo para rehacer aquellos momentos de amor:

«Mira los árboles, como en estío,
 Por la escarcha brotados
 Con hojas otra vez, hojas heladas,
 Espectro de las idas. Así mismo a la mente
 Aquella imagen del amor, antes amiga,
 Regresa extraña ahora.

Todo cuanto fue entonces
 Tibieza, movimiento,
 Restituido así bajo esta escarcha,
 Suspende el tiempo, y deja
 Lo presente vacío,
 Lo pasado visible sin encanto.

(«La escarcha», pág. 352)

Hay aún una última posibilidad: El amor vence el tiempo del amante. El deseo es una fuerza demoníaca de tal naturaleza que le es posible revitalizar a quien ama, porque como Troilo dice a Crésida «el poder es ilimitado, y el acto es esclavo del límite.» No se trata del amor-éxtasis que antes veíamos, sino del hecho de que el amor saca al hombre del marasmo de la vejez, y le dota de una nueva vida, sin que nunca sea verdaderamente tarde para el amor. La aceptación de ese amor tardío que al parecer llenó de serenidad los últimos años de la vida de Cernuda es precisamente el tema de varios de los últimos poemas de su recopilación *La realidad y el deseo*.

5. Belleza y tiempo

Si el amor es la primera arma contra el tiempo, la belleza es la segunda posibilidad de que se dispone:

«Algunos creyeron que la hermosura, por serlo, es eterna. (“Como dal fuoco il caldo, esser diviso-Non puòl bel dall’eterno”) y aun cuando no lo sea, tal en una corriente el remanso nutrido por idéntica agua fugitiva, ello y su contemplación son lo único que parece arrancarnos al tiempo durante un instante desmesurado.»

(*Ocnos*, pág. 37)

Esta es en efecto una de las posibilidades más ansiadas en la poesía de Cernuda. La belleza, por sí, es capaz de detener el curso del tiempo. Uno de los más bellos ejemplos es el poema «Violetas» (pág. 270). Como muy acertadamente ha hecho notar Derek Harris, la visión de estas flores frescas, húmedas de rocío, graciosas en su forma, supone una posibilidad de detener el paso del tiempo, o al menos, de eliminar la angustia que provoca, a través de su contemplación y de la memoria (7).

Pero más interesante es todavía el poema «La fuente». Creo ver en él una marcada influencia de la poesía de Garcilaso, donde el agua adquiere un valor consolador. Tal vez sea una la influencia del Antonio Machado de *Soledades*. Aquí la fuente habla por boca del poeta, y explica en qué consiste su esencia: Su surtidor es imagen de la eternidad: la fuente muere y renace continuamente, lo que la aproxima a la eternidad. Como dice Cernuda, «el hechizo del agua retiene los instantes». La fuente, forma en perpetua huida y en constante reconstrucción melodiosa, sirve de consoladora a la angustia del hombre que mira en ella simultáneamente el tiempo y el correr del tiempo.

Un sentido distinto tiene uno de los más bellos poemas escritos por Cernuda: «El águila» (pág. 279), hermosa reconstrucción de un mito clásico, el rapto de Ganimedes por Júpiter transformado en águila. Los dioses poseen un tiempo eterno; mirado desde él, el combate de los héroes con el tiempo no pasa de ser una diversión de los habitantes del Olimpo. Sin embargo, la belleza de Ganimedes aparece un día en todo su perfecto esplendor:

«...Tu edad estaba
Florida de esa gala que los hombres
Ostentan sólo un día, en los umbrales
De juventud. A la luz ya te abrías,
Como a lluvia de abril la violeta
Blanca, con embeleso solitario.»

Y tal es la belleza humana que los dioses deciden salvarla a través del mítico rapto. La hermosura proyecta sobre nuestra tierra la eternidad; Cernuda parece dudar de si ello se debe a que la belleza terrena es el reflejo o encarnación de una forma preexistente y eterna de por sí, una especie de reflejo del mundo de las ideas de Platón:

«Tú no debes morir. En la hermosura
La eternidad trasluce sobre el mundo
Tal rescate imposible de la muerte.

...

(7) Derek Harris: Luis Cernuda. *A Study of the Poetry*, Tamesis Books Limited, London, 1973, pág. 100.

... ¿Es la hermosura
Forma carnal de una celeste idea,
Hecha para morir?

La belleza no es suficiente refugio contra la catástrofe de la temporalidad. Cualquiera que sea su origen, especialmente la belleza humana y la belleza de la Naturaleza poseen una capacidad de regeneración. Plantas y hombres mueren, y su belleza con ellos: La belleza es inmortal porque vuelve a resurgir, renovándose y permaneciendo así aparentemente inmutable. Pero bajo ese resurgimiento subyace una muerte «personal». La inmutabilidad de lo bello es sólo aparente. Lo bello muere y sólo la belleza permanece renovada mientras muerte y tiempo acechan a cada cosa en sí:

«Aquellos seres cuya hermosura admiramos un día, ¿dónde están? Caídos, manchados, vencidos, si no muertos. Mas la eterna maravilla de la juventud sigue en pie, y al contemplar de nuevo un cuerpo joven, a veces cierta semejanza despierta un eco, un dejo del otro que antes amamos. Sólo al recordar que entre uno y otro median veinte años, que este ser no había nacido aún cuando el primero llevaba ya encendida la antorcha inextinguible que de mano en mano se pasan las generaciones, un impotente dolor nos asalta, comprendiendo tras la persistencia de la hermosura la mutabilidad de los cuerpos.»

(*Ocnos*, pág. 45)

Cabe aún hacer una observación que será útil para el siguiente apartado. Es idea repetida en Cernuda que la belleza creada por el hombre sobrevive a ese hombre. De tal manera la música de Mozart, por ejemplo, llena de emoción a los hombres muchos años después de la muerte del salzburgués. El arte presta de esta forma una posibilidad de enlace temporal con el futuro a quien lo crea, y permite guardar una esperanza de inmortalidad.

6. Poesía y tiempo.

La poesía como salvación personal

El poeta es un artista que trabaja con su propio sentimiento, lo doma y lo condensa en palabras que poseen belleza. De tal manera la materialidad de la palabra puede subsistir, y con ella los pensamientos y los sentimientos del poeta, proyectados gracias a la persistencia del lenguaje escrito hacia nuevas personalidades que pueden comprenderla. Cernuda repite en «Noche del hombre y su demonio» que el ser humano necesita apostar su vida en algo; el poeta lo hace en su esfuerzo creador para que su voz se escuche cuando él ya no esté. Así el poeta se sobrevive en los libros, que pasan a ser su esperanza de inmortalidad. De este modo medita Cernuda ante los anaqueles de una biblioteca:

«Ahí está la inmortalidad para después, en la cual se han resuelto horas amargas que fueron vida, y la soledad de entonces es idéntica a la de ahora: nada y nadie. Mas un libro debe ser cosa viva, y su lectura revelación maravillada tras de la cual quien leyó ya no es el mismo, o lo es más de como antes lo era.»

tancia capital. El hecho tiene capitales consecuencias —en las que no tengo tiempo de detenerme—, en la poesía de Cernuda. Baste indicar que su preocupación se dirige no a una poesía expresiva o artificiosa, sino a la creación de formas capaces de superar la mutabilidad del tiempo para transmitir al futuro, frescas y afanosas, las sensaciones que el poeta percibió, sintió y elaboró un día.

Esta perdurabilidad del lenguaje que aparentemente podía haber resuelto el problema temporal y la angustia de vivir en el tiempo es también inútil. Cernuda lo reconoce en dos poemas, en la primera versión de «Nocturno Yanqui», y en «Limbo», ambos de 1953. Para este último parte de la sensación que sintió cuando en una casa rica oyó a un millonario comentar que había comprado la primera edición de un poeta raro. Cernuda siente cómo la obra demoniaca que es la poesía, el esfuerzo trágico del poeta que consagra su vida a la marginada creación de la belleza, acaba también por quedar integrado dentro del «mundo de los mercaderes», cumpliendo una mera función de ornato, de prestigio social, sin que el valor comunicativo que el poeta se empeñó en incorporar a su obra sea apreciado. La poesía es para Cernuda una labor sagrada, y verla considerada sólo por esos valores de rareza o prestigio social supone una profanación que destruye y envilece su esfuerzo, haciéndolo inútil para la alta misión a que se destinaba. Antes que eso, piensa Cernuda en un efectista final frecuente en los poemas de esa época, es preferible la aniquilación total y definitiva:

«Así, pensabas, el poeta
Vive para esto, para esto
Noches y días amargos, sin ayuda
De nadie, en la contienda
Adonde, como el fénix, muere y nace,
Para que años después, siglos
Después, obtenga al fin el displicente
Favor de un grande en este mundo.
Su vida ya puede excusarse,
Porque ha muerto del todo;
Su trabajo ahora cuenta,
Domesticado para el mundo de ellos,
Como otro objeto vano,
Otro ornamento inútil;
Y tú, cobarde, mudo
Te despediste ahí, como el que asiente,
Más allá de la muerte, a la injusticia.

Mejor la destrucción, el fuego.» (pág. 433)

En resumidas cuentas, ninguna solución es del todo útil: Parece imposible para el hombre evitar el paso del tiempo. Ni amor, ni belleza, ni poesía consiguen evitar la destrucción, y a la postre el hombre permanece entregado a la angustia de ver morir las cosas a su alrededor y saber que un día él también morirá, y saber que mientras tanto debe seguir en el absurdo de la existencia:

«Y si Dios no existe, ¿cómo puedo existir yo? Yo no existo ni aun ahora, que como una sombra me arrastro entre el delirio de sombras, respirando estas palabras desalentadas, testimonio (¿de qué y para quién?) absurdo de mi existencia.»